

Siamo lieti di iniziare la collaborazione con il “Grupo de estudio” messicano interessato agli aspetti scientifici dell’opera di Teilhard de Chardin ( <http://teiharddechardingrupodeestudio.org/>).

Riportiamo la prima parte dello studio della dott.ssa **Silvia Jaeger Cordero** *La cosmovisión de Teilhard de Chardin* (Cfr.[http://teiharddechardingrupodeestudio.org/index.php?option=com\\_content&view=article&id=8](http://teiharddechardingrupodeestudio.org/index.php?option=com_content&view=article&id=8)).

È uno scritto splendido: l’Autrice abbraccia “con una sola mirada” la visione di Teilhard de Chardin, sintetizza la sua Sintesi lasciandone intatta la grandiosa dimensione. È riuscita in questa impresa perché conosce perfettamente, “dall’interno”, il punto di vista teilhardiano, sino a farlo proprio.

Lasciamo lo scritto nella lingua originale per non modificarne lo stile, elegante e poetico.

*La Redazione del sito*

## LA COSMOVISIÓN DE TEILHARD DE CHARDIN

Silvia Jaeger Cordero<sup>1</sup>

Pocos pensadores son tan difíciles de interpretar como Pierre Teilhard de Chardin, el célebre Jesuita francés que abarcó la totalidad de lo aprensible con una sola mirada.

Su vasta e incomparable obra va desde el fondo de lo material hasta el vértice de lo espiritual; nos conduce a través del laberinto de la Evolución, para luego elevarnos a la más alta cima del pensamiento humano. Allí, en donde la historia y la vida semejan torbellino ascendente, todas las ciencias se convierten en una sola, la materia se torna transparente y el corazón del Hombre contempla extasiado la Tierra Prometida.

Pierre Teilhard de Chardin escapa a toda categoría conocida. Su pensamiento, que parte de un realismo crítico y que se caracteriza por un idealismo objetivo, rompe las barreras de las especializaciones y marca el principio de una nueva era: la Era de la Síntesis.

---

<sup>1</sup> Mtra. **Silvia Jaeger Cordero de Roche** realizó estudios de Psicopedagogía en Alemania y Filosofía y Letras en Francia, especializándose en la Ultrafísica de Teilhard de Chardin.

Desde 1963 ha impartido conferencias tanto en México como en el extranjero, en seminarios y congresos.

Basándose en la obra de Teilhard de Chardin, ha publicado 7 libros de cuentos para niños, puesto en escena 8 obras de teatro infantil, escrito más de 1000 libretos para programas de radio y televisión y los guiones para 2 películas de largo metraje en dibujo animado.

En 1988 realizó conjuntamente con la BBC de Londres un curso de inglés básico para niños.

Le han sido otorgados:

El Premio Nacional de Teatro Infantil (INP/UNESCO).

El Premio “Hans Cristian Andersen” del INBA.

El Premio “Ondas” de la Sociedad Española de Radio y Televisión.

El Premio Nacional de Literatura Infantil.

Desde 1995 es Directora del Centro de Estudios Teilhardianos, con sede en Cuernavaca, Mor.

Más que filosófica o teológica, su obra es ultrafísica. Con base a las ciencias naturales, Teilhard elabora una interpretación orgánica, coherente y sintética del Universo, un sistema lógico que satisface las exigencias del Espíritu, una manera de vivir y de comprenderlo todo.

Condensar en un solo escrito la riqueza de la mística, de la dialéctica y de la metafísica teilhardiana, es tarea imposible de realizar. Nos limitaremos a esbozar a grandes rasgos el núcleo de su fenomenología: la Unión Creadora, tesis fundamental alrededor de la cual giran y se entrelazan el resto de sus teorías y deducciones, formando un Todo armonioso en el cual se perfila el Rostro del Absoluto. Penetremos, pues, en la increíble dimensión de Teilhard de Chardin y descubriremos que, a nivel de lo cósmico, lo fantástico se vuelve real.

Todo cuanto existe se transforma constantemente, evoluciona. El Universo entero, nos dice Teilhard, se halla sujeto a un devenir. La vida tiene un sentido. Nacemos, crecemos y morimos en el seno de una corriente cósmica que nos arrastra irreversiblemente hacia el Espíritu, hacia estados de más conciencia y más libertad.

La Evolución es la expresión visible en el espacio-tiempo de una síntesis creadora, eterna y continua. Crear no es sacar algo de la nada. Crear es organizar, sintetizar, hacer brotar de elementos simples algo nuevo y más complejo. La Evolución no es creadora; es la Creación la que es evolutiva. La Creación se realiza al unir. La unión verdadera no se obtiene más que al crear.

Para comprender la hipótesis de la Unión Creadora, es necesario que imaginemos al Todo como un conjunto orgánico de estructura esférica.

En el centro, un Núcleo de energía muy especial (energía radial, psíquica, Espíritu)... una dimensión trascendente de Ser, personal y conciente, cuya razón de existir consiste en crear, unir, atraer hacia sí lo que está disperso. Este Centro Absoluto de Unidad y Perfección es el Dios de Teilhard de Chardin, el Punto Omega, que no sólo es causa de la realidad, sino sentido de esa realidad.

En las antípodas de este Centro, su campo de fuerza (su radiación, su reflejo) se hace más y más difuso, hasta que se “pulveriza” y forma alrededor del Núcleo un círculo de energía diferente (energía física, tangencial, material). Por hallarse fuera de la Unidad del Ser, en el extremo opuesto, Teilhard le da el nombre de lo Múltiple, la Pluralidad, el No-Ser.

Sin embargo, entre Espíritu y Materia, entre lo Uno y lo Múltiple, entre el Centro y su Circunferencia, no hay antinomia alguna.

Espíritu y Materia son dos facetas distintas, dos sentidos de la misma Realidad.

Todo esto hecho de Espíritu-Materia: este es el tejido bifaz del Universo. El Espíritu da cohesión, consistencia y movimiento a la Materia; es energía radial, centro, interior de las cosas, esencia, conciencia. La Materia proporciona el cuerpo, la forma, la envoltura, la cápsula; es energía tangencial, circunferencia, exterior de las cosas, complejidad. En sí mismo, lo Múltiple es incapaz de agruparse, de progresar en el Ser; su propiedad es la de la dispersión, el no-movimiento, la no-acción.

La Materia es principio de desagregación, el Espíritu, principio de unión, de acción. No hay unión sin Espíritu, ni Espíritu sin unión.

La nada, entendida como ausencia total de energía, no existe. Desde siempre ha existido esta energía material que no se crea, ni se destruye, pero que sí es transformable, unificable.

Para atraer hacia Él lo disperso y poder unificarlo, redimirlo, Omega encarnó su potencia creadora en lo Múltiple, en un acto de Creación-Encarnación-Redención.

La materia primitiva sufrió cambios. De un caos inicial de radiación térmica indiferenciada surgieron los primeros corpúsculos elementales: electrones, protones, neutrones, que formaron átomos. Se liberaron enormes cantidades de hidrógeno, cuyos átomos se unieron para formar helio y todos los demás elementos que hoy conocemos. La evolución giró en un torbellino de estrellas y galaxias.

Este habría sido el origen del Universo, de la Cosmogénesis, hace aproximadamente 10 ó 12 billones de años. Este es el principio de la Unión Creadora y del Tiempo, entendido no sólo como duración, sino como tendencia, como realidad orgánica y convergente. Desde nuestro punto de vista y a partir de nuestra realidad existencial, este movimiento de centración y convergencia es considerado en un plano ascendente, adopta una forma cónica cuyo vértice es Omega.

Para Teilhard de Chardin, la síntesis evolutiva tiene un pulso, un ritmo de desarrollo dialéctico. La primera fase es de divergencia (surgimiento y expansión de una multiplicidad de elementos), la segunda, de convergencia (selección y unificación de los elementos), y la tercera, de emergencia (el salto cualitativo, la aparición de lo totalmente nuevo cuando se llega a un punto crítico de desarrollo).

Este ritmo, que se repite continuamente, es observable a cualquier nivel del plano existencial; cósmico, biológico, psíquico, social, familiar o personal.

Así como las primeras partículas de energía física se agruparon para formar átomos, y éstos a su vez constituyeron los elementos químicos, así también de la síntesis de las moléculas fisicoquímicas surgió la célula viva, después de dos mil millones de años de preparación y maduración... de lo atómico y lo molecular, nació lo vegetativo y lo sensitivo, dando comienzo a la etapa de la Biogénesis. La Evolución se desbordó como torrente de vida que cubrió la superficie de la Tierra con una rica

variedad de formas vegetales y animales. Es éstas últimas, la materia se hizo mas compleja; ante todo, se perfeccionó el sistema nervioso, que culminó en la cerebración de los animales superiores.

Paralelo a esta complejificación física, existía en la Biosfera un crecimiento interno, radial, un aumento de iniciativa, espontaneidad, de mayor “conciencia”, entendida ésta como inteligencia, capacidad de invención e iniciativa y de improvisación. La corriente evolutiva pareció concentrarse en un solo órgano: el cerebro. En el grupo de los mamíferos, específicamente en la rama de los primates, éste se hizo cada vez más complejo, y como resultado de una serie de factores favorables (marcha bípeda, uso de la mano, mayor capacidad craneana, etc.), pudo formarse, en el cerebro de ciertos primates antropomorfos, una neo-corteza de neuronas.

La Materia llegó así a su límite de perfección y de complejidad. Cuantitativamente ya no podía seguir avanzando; el salto cualitativo era necesario. Entonces, los corpúsculos de energía radial en estas formas de vida, ya no sólo se concentraron, sino que se centraron, formaron un núcleo cerrado, inmortal. Emergió la conciencia: la capacidad del pensamiento reflexivo y razonador. Por primera vez en el mundo, apareció una sustancia espiritual, un “yo personal conciente” en cada individuo, que marcó el comienzo de la Antropogénesis, a nivel tangencial, y de la Noosfera en la dimensión radial.

La evolución se contempló a si misma en la alma humana. El primate se volvió Hombre, y el Hombre, a imagen y semejanza de Dios, se convirtió en creador, en centro de su propio Universo personal. La potencia unificadora, que en la Cosmósfera se había exteriorizado como fuerza electromagnética y en la Biosfera como instinto sexual, se manifestó radialmente en la Nooesfera bajo su forma más sublime: como Amor, la única energía capaz de unir a los seres humanos por sus centros, y de darles plenitud, de personalizarlos al unirlos. A partir de ese momento, la atracción de Omega se hizo mas directa e intensa. El proceso de convergencia, de ascenso hacía el Espíritu, se aceleró.

A los dos infinitos de Pascal (el abismo de lo infinitamente grande y el de lo infinitamente pequeño) Teilhard añade un tercer infinito: el de lo infinitamente complejo... complejidad que se caracteriza por una mayor y mejor organización de sus elementos. No una suma, sino una síntesis.

O sea, que la energía no solo está sujeta a las leyes de conservación y de entropía.

Basándose en su ultrafísica, Teilhard descubre que también puede organizarse.

Esta es una de las tesis de mayor importancia en el pensamiento teilhardiano: la Ley de la Recurrencia, de la Complejidad-Conciencia; parámetro del enrollamiento del tejido cósmico (Espíritu-Materia) sobre si mismo, doble movimiento conjugado de enroscamiento físico y de interiorización psíquica que hace posible la transformación de la energía.

La Unión Creadora tenía que continuar. Físicamente, tangencialmente, le era imposible crear una forma de vida más compleja que el ser humano. El único sendero libre era el del Espíritu; la única energía por unificar, la radial. Aún quedaba por realizar el perfeccionamiento del “yo personal consciente” individual, la organización social y el desarrollo colectivo de la especie, la construcción de un nuevo organismo (esta vez cósmico) cuyos elementos serían las almas, los centros humanos.

La centración prosiguió independiente de la síntesis fisicoquímica sostenida hacia delante por Omega. La evolución marchó hacia su destino final. Con el nacimiento histórico de Cristo-Jesús, se abrió en el espaciotiempo el acceso a una dimensión trascendente; la Teósfera, umbral de Omega, uno de los puntos clave y más difíciles de comprender del pensamiento teilhardiano.

Para Pierre Teilhard de Chardin, Omega es, ante todo, Dios del Futuro. Está presente en todo cuanto existe, pero nosotros no podemos llegar a Él mas que si dejamos de ser multiplicidad y nos transformamos en unidad espiritual humana.

“A Él lo buscamos y en Él nos movemos, pero, para alcanzarle, es preciso prolongar todas las cosas hasta el límite de su naturaleza y de su desarrollo”... es necesario construir la Tierra, perfeccionar nuestra condición humana, superar nuestra realidad existencial e histórica.

Omega es a la vez uno y complejo: está compuesto por tres centros encastrados. Su espíritu creador, encarnado en la materia desde el principio de los tiempos, emergerá plenamente en la Tierra a través del esfuerzo y del progreso humano.

Este es el Reino de Dios, el vértice humano-cósmico, el Omega natural-inmanente que deviene (Omega I), el Alma del Mundo que, similar a una masa viviente, servirá de Cuerpo Místico al Cristo Universal en el Pleroma: el Omega inmanente-sobrenatural, (Omega II), cuando la Materia se espiritualice, resucite, y forme el complejo orgánico Cristo-Mundo.

(Como en todo proceso cósmico, también en la Noosfera habrá segregación y desecho; la materia humana que no se haya espiritualizado, rechazará la atracción de Omega, no podrá formar parte del Pleroma). Omega III es el Absoluto, el Núcleo trascendente, divino y trinitario. Centro de todos los centros en quien todo lo que asciende converge y se consume, en cuyo seno se llevará a cabo la síntesis parusíaca de lo creado con el Creador. La Evolución habrá concluido.

Tal es la magnífica Cosmovisión de Pierre Teilhard de Chardin, que como un rayo luminoso surca el horizonte del nuevo milenio, tendiendo un puente entre Ciencia y Religión.

Sus teorías están impregnadas de coherencia, dinamismo y autenticidad. Nada hay de absurdo, ni de utópico en creer que el clímax de la Evolución sea una síntesis final de Espíritu y Materia... síntesis gloriosa de Dios, Hombre y Mundo que se llevó a cabo en la persona de Jesús de Nazareth, que ha

podido realizarse en el corazón y en la mente de un jesuita de nuestro tiempo. Lo que es posible a nivel individual, también lo es a nivel cósmico.

La vida de Pierre Teilhard de Chardin fue, al igual que su visión evolutiva, una inmensa marea de amor... una búsqueda de la Verdad que concluyó en un domingo de Pascua de 1955, cuando el Padre se unió para siempre al Cristo-Omega de la Resurrección. En las cercanías de Nueva York, su cuerpo descansa entre los brazos gigantes de la Materia que tanto amó, pero su espíritu continúa disipando las tinieblas a través de sus escritos.

En ellos, las esperanzas que agonizan se empapan de vida, la fe que se resquebraja encuentra consistencia, y el Hombre moderno, una razón para luchar por la transformación y la conservación ecológica de su mundo.

Su obra no pretende ser dogma infalible, ni contener la verdad absoluta. Es, ante todo, la base sobre la cual podrá erigirse una Ciencia Universal que englobe todas las ramas del conocimiento, unidas por un postulado básico: el evolucionismo.

En su pensamiento, el fenómeno cristiano ha encontrado una prolongación natural de su esencia, un nuevo camino que le permitirá crecer y progresar.

Como un faro en la bruma, Pierre Teilhard de Chardin seguirá iluminando la ruta hacia Omega, y, quizás un día, de sus cenizas surja la Mística del Mañana, la Religión de la Humanidad y de la Tierra, que revelará al Hombre el sentido cósmico de su existencia.

---

L'Autrice esamina poi i seguenti aspetti:

PIERRE TEILHARD DE CHARDIN EL MÁS GRANDE SABIO CATÓLICO DEL SIGLO

COMO APARECE LA REFLEXIÓN

UNA CONCEPCIÓN FINALISTA DE LA EVOLUCIÓN

LA IMPORTANCIA PLANETARIA DEL HOMBRE

TEILHARD FASCINA A LOS MARXISTAS

LA SORBONA CARTESIANA DESCONFIA

CATÓLICO

LA GRAN AVENTURA DE LA EVOLUCIÓN DE LA VIDA:

¿QUÉ SOMOS?

¿DE DONDE VENIMOS?

¿HACIA DONDE VAMOS?